

MORENO DÍAZ del CAMPO, F. J. *La vida al por menor. Cultura material de moriscos y cristianos viejos en la Castilla del siglo XVI*. València, Granada y Zaragoza, Biblioteca de Estudios Moriscos, 2024, 393 págs.

La vida al por menor. Cultura material de moriscos y cristianos viejos en la Castilla del siglo XVI es una declaración de intenciones desde su portada. Con la imagen de una ventana enrejada y rodeada de un marco de madera, nos invita adentrarnos dentro de los hogares de la población campesina de la Castilla del siglo XVI. Su objetivo, como dice Francisco Moreno en la introducción es “conocer cómo fue la vida cotidiana de quienes nos precedieron” (p. 17). Para ello, en estas cerca de cuatrocientas páginas emprende una revisión historiográfica profunda y detallada que, con su investigación sobre una base documental sólida y muy amplia, le lleva a construir una reflexión fundamentada y, efectivamente, pormenorizada, sobre la vida cotidiana de los campesinos de la Castilla de la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII a través del análisis de la cultura material.

Desde las primeras páginas del libro, el espacio y el tiempo de la investigación quedan bien acotados. De entre todas las villas y ciudades castellanas, son principalmente tres de Castilla-La Mancha –Ciudad Real, Alcaraz y Almagro– las que constituyen el laboratorio particular para observar las especificidades de la cultura material de su población entre 1570 y 1610. La cronología no es azarosa. Con el objetivo de estudiar a la población morisca, se centra en las décadas que corrieron entre su destierro de Granada después de la guerra de las Alpujarras de 1569 y su expulsión definitiva de la península entre 1609 y 1610. En estas décadas, los moriscos vivieron el abandono forzado de sus casas y el realojo entre la comunidad de cristianos viejos de estas ciudades.

Precisamente, el espacio y la cronología del trabajo ofrecen unas características concretas del grupo estudiado y que son, a su vez, premisas de las que parte la investigación y se explicitan también desde las primeras páginas de la obra. Primero, los moriscos fueron españoles y, por tanto, su vida “no puede separarse de la de los cristianos viejos”. Así, moriscos y cristianos viejos son puestos en este trabajo en continua relación, haciendo un ejercicio comparativo entre los bienes que poseían y los usos que daban a esos bienes. Aquí, estudiar lo material lleva a definir la alteridad para comprender que, en el siglo XVI, no todo estuvo dominado por el conflicto ni por la resistencia a la asimilación, “ni tan siquiera por la negativa a aceptar la presencia del otro” (p. 29). Con esto, se conecta con una de las grandes cuestiones con las que se ha abordado la cuestión morisca desde hace décadas, la de la asimilación contra la especificidad.

Moriscos y cristianos viejos compartieron el mismo universo cotidiano y, en lo que a esta investigación concierne, tuvieron las mismas formas legales de transmisión del patrimonio mediante el contrato matrimonial –las cuales el autor analiza detalladamente desde la historia del derecho de la tradición cristiana e islámica (pp. 74-88)–, aunque con sus especificidades que dan, como Moreno demuestra, información relevante sobre el uso y concepción de los bienes transmitidos. Así, entre las diversas fuentes disponibles para aproximarse a la cultura material, como crónicas, relatos literarios, memorias corográficas, libros de población o fuentes judiciales –que también son utilizadas complementariamente– se usan sobre todo los protocolos notariales. Y, entre los distintos documentos producidos por los escribanos de la época, las escrituras matrimoniales. Estas escrituras parecen especialmente adecuadas para el estudio de la cultura material de las clases campesinas en la Castilla moderna, ya que sobre ellas pivotaron los mecanismos de prolongación de la condición social y laboral y de identificación con los ancestros, con el pasado familiar y con la conciencia de grupo. Es decir, para este trabajo, “las dotes satisfacen con creces el ideal de información que se requiere para un estudio como el

presente, cuyo objetivo es conocer no solo como se vivió, sino y, sobre todo, como se convivió” (p. 73). Por tanto, es el estudio de transmisión patrimonial de estas familias a partir del análisis de estos contratos matrimoniales lo que permite al autor adoptar metodológicamente una perspectiva comparativa para interrogarse sobre las especificidades moriscas, si es que existieron, y como estas intersectaron con otras categorías como la clase o el género.

Por otra parte, las contingencias político-sociales hicieron de esta minoría un grupo estrechamente vigilado al compás de las normas que los diversos monarcas desde inicios del siglo XVI fueron aprobando para controlar su vida cotidiana. Así, la cuestión de la cultura material morisca también se liga con cuestiones del orden social. Es decir, hay que tener en cuenta el impacto de lo político en lo material –en un contexto de persecución e intentos de evangelización–. De hecho, “lo morisco” pudo dejar de pertenecer al escenario religioso-cultural y emplearse en lo cotidiano como un mecanismo para aferrarse a los usos y costumbres heredados de los ancestros e, incluso, como símbolo de suntuosidad entre los cristianos viejos. Por último, el destierro hizo que, no solo el contexto cultural de los moriscos recién instalados forzosamente en Castilla, sino también el productivo sufriera un vuelco que tuvo efectos en la configuración de sus haciendas personales. Por eso, para el autor, comprender el factor económico es esencial para entender ciertos cambios de orden material y, al final, cultural de esta población.

Desde las primeras páginas, también se explicita la metodología seguida para la investigación y el posicionamiento intelectual del autor detrás de ella. En un trabajo que se basa en un aparato estadístico ingente para analizar la gran cantidad de datos cuantitativos recogidos y procesados, Moreno defiende que las categorías discursivas no se pueden conocer si no se conoce de manera correcta el contexto socioeconómico en que se insertaron. Así, “es fácil entender que en estas páginas no solo no se rechace lo cuantitativo, sino que el empleo de dicha metodología haya supuesto una de las bases empíricas sobre las que se apoyan las conclusiones que ofrecen” (p. 25). De hecho, el complejo método cuantitativo que desarrolla lleva a un análisis numérico sobre el que fundamenta conclusiones sobre la historia económica, social y cultural de moriscos y cristianos viejos. Sin embargo, añade, también es importante conservar el factor cultural “porque no todo puede reducirse a una suerte de determinismo económico, es necesario contemplar el marco de las creencias y de los comportamientos culturales” (p. 26), abordando cuestiones como el sentimiento religioso, las modas, el recuerdo, el apego emocional o los objetos como lugares de memoria. Así, en este estudio, lo cuantitativo muestra su vigencia, pero aprovecha la multiplicidad metodológica de otras ramas de la historia y de las ciencias sociales. El estudio en la actualidad de la cultura material trata de relacionar los objetos con el contexto social y cultural en que son fabricados y usados. Es decir, no se trata solo de indagar en la historia de las cosas y en sus procesos de fabricación, “es necesario conocer la historia a partir de las cosas” (p. 34). Con esto, reivindica el uso de la cultura material como historia que complementa otras historias de las que bebe. Todas estas cuestiones atraviesan la interpretación para abordar, desde la cultura material, los grandes problemas de la historia social.

Es en los dos primeros capítulos, Donde se ve cómo lo material es parte de la vida (pp. 21-59) y De cómo acercarse al discurrir de lo corriente (pp. 61-105), donde se aborda respectivamente la historiografía –en un estado de la cuestión que será de obligada lectura para quien quiera aproximarse, en general, a la cultura material y, en particular, a la morisca y del medio rural– y la metodología en torno a las fuentes, sus posibilidades y sus limitaciones para la investigación. Con estas premisas establecidas, el libro se divide en tres capítulos más. El que habla de las haciendas (pp. 107-187) analiza cómo cristianos nuevos y viejos construyeron su patrimonio a través de contratos matrimoniales, utilizando los mismos instrumentos legales, pero con sus particularidades. Presenta de esta manera los procesos económicos en los que se

insertó la cultura material analizada, así como los procesos legales y culturales de su circulación económica. Además, caracteriza socioeconómicamente a los grupos estudiados, concluyendo que los cristianos viejos se inclinaron hacia dotes mayores, mientras que los moriscos, desposeídos, debieron reconstruir sus hogares desde cero. Esto es muy interesante porque lleva a indicar cómo las diferencias en la cultura material de ambos grupos pueden explicarse más por las diferencias de clase que las culturales o religiosas. Con esto, en estas haciendas construidas, estudiadas a partir de los contratos matrimoniales, dos elementos se consideran clave para el análisis que sigue: el hogar y el vestido. Ambos son elementos de la vida cotidiana que se consideran sensiblemente susceptibles a los cambios en la situación “crono-espacial”, los comportamientos religiosos y culturales y la economía. Así, el capítulo De las casas (pp. 189-237) se introduce propiamente en el espacio doméstico, de lo cotidiano, y estudia tanto la presencia de objetos como los usos que se hacían de ellos. Allí analiza la diferencia en la composición de los ajuares y muestra cómo cristianos viejos y moriscos respondieron de forma distinta a sus necesidades domésticas. Por último, En el que trata acerca de las personas (pp. 239-315), se habla del vestido, tanto ropa como joyas, y lo relaciona con las circunstancias políticas, marcadas por la represión de las políticas reales sobre el atuendo morisco, y las pautas de consumo. Con esto encuentra diferencias en la cultura material de los moriscos y los cristianos viejos, pero también similitudes que muestran las prácticas compartidas y las tendencias estilísticas comunes, dando como resultado la disolución de lo morisco en el marco material de los cristianos nuevos, aunque siempre se mantuvieron ciertas herencias.

Con todo, con la base del análisis cuantitativo, se extraen en este libro los patrones de comportamiento de los campesinos castellanos moriscos y cristianos viejos y analiza cómo los objetos pudieron tener una utilidad más allá de aquella para la que se concibieron inicialmente, estudiando en qué contextos fueron utilizados. Además, el ejercicio de los cambios de escala en la explicación, de la macro a la micro y viceversa, con un amplio análisis estadístico, pero también recurriendo a la narración de los casos particulares más ilustrativos, caracteriza la vida al por menor de estas gentes. Esta reunión de inventarios de muchos casos particulares permite en este trabajo representar la cotidianeidad campesina de la Castilla moderna en este contexto particular e ilustra cómo fue el proceso de destierro de los moriscos granadinos y su adaptación –forzada– al nuevo contexto.

Al final, el libro muestra el enorme trabajo realizado para sacar a la luz la historia de estos grupos sociales. El reto metodológico era importante por una por una sencilla razón: “lo ordinario dejó un rastro débil” (p. 18). Aun con esto, Francisco Moreno compensa esta desigualdad de la conservación de rastros con un gran trabajo de archivo y con herramientas metodológicas que pasan por el análisis de la cultura material y que, como dice en su conclusión, “permiten establecer nexos entre las personas, los lugares, los objetos y las emociones” (p. 321). Los saca así de la marginalidad y contribuye a construir un relato histórico más plural.

TERESA PELÁEZ DOMÍNGUEZ
Universitat de València